

pueblos, sólo estaban retenidos al centro por los odiosos vínculos de la servidumbre.

Si de los pueblos pasamos á las monarquías, la de Tlacopan era casi nula y estaba subordinada á México; pero los tepaneca y los mazahui guardaban en el corazón profundo rencor contra los méxicas. La de Acolhuacan estaba dividida y trabajada por la guerra civil; de los monarcas, el uno era joven inexperto entregado en cuerpo y alma á Motecuhzoma, el otro era un mancebo ambicioso y audaz, que adoptaría los medios más reprobados para dar contento á sus pasiones. Tenochtitlan estaba determinada por la isla que le servía de asiento; aunque por la violencia se había extendido más y más, fuera del pequeño recinto de la isla, no contaba con gentes de su tribu, ni siquiera con simpatías; odio sordo y enconado le profesaban los vencidos. Dentro de su territorio estaba Tlaxcalla encarnizados enemigos políticos y religiosos; Cholollan, Huexotzinco y Atlixco contrarios declarados siempre, amigos solapados algunas veces, de los cuales sólo podían aguardarse traiciones atendido su carácter pérfido. Cuextlan ó el territorio del Huastecapan, nominalmente vencido, peleaba constantemente por su libertad; los serranos y broncos otomíes, llevaban de nombre el yugo azteca, se insurreccionaban de continuo, y á la sazón seguían la bandera de Ixtlilxochitl; los mixteca y tzapoteca estaban en constante inquietud. Yopitzinco, Metztitlan y Michhuacan eran enemigos constantes. En realidad, caso de un conflicto, el imperio quedaba reducido á la capital de la isla con algunas ciudades de los lagos.

Sin duda que entre las causas que facilitaron el vencimiento de aquellas naciones deben enumerarse, la superioridad de las armas ofensivas y defensivas de los invasores, el empuje de la caballería, la supremacía de la táctica europea, el temple moral del jefe de los castellanos, las ventajas sin cuento de la civilización más adelantada; pero mucho más que todo punto, influyó el principio religioso, la superstición de los americanos. Era la creencia comun, santificada por el dogma, de que los descendientes de Quetzalcoatl, los hombres blancos y barbudos, aparecerían alguna vez, llegando por el Oriente, creían en esta profecía los pueblos sin distinción de raza, era artículo de fé para todos los sectarios de las diversas congregaciones politeístas. Así, cuando por Oriente aparecieron los hombres blancos y barbudos, nadie puso en duda el cumplimiento de los

tiempos; todos se creyeron obligados á reverenciar y servir á los hijos del dios, dioses por su prosapia, seres sobrenaturales de quienes los reyes de la tierra eran simples tenientes y á los cuales debía ser devuelto el poder guardado hasta entónces en depósito. Con semejantes convicciones, aquellos pueblos supersticiosos estaban ya vencidos; ni qué ánimo pudiera quedarles para defenderse teniendo que combatir contra divinidades armadas del rayo y contra la inexorable sentencia de los hados. Fué preciso que los castellanos cargaran la mano en los excesos, dando rienda suelta á las malas pasiones, para que llegaran á perder su prestigio divino.

Para aquellas circunstancias difíciles, ninguno ménos á propósito que el malhadado Motecuhzoma. Las partes más salientes de su carácter las constituyen los dos vicios más ingratos de la humanidad, el orgullo y la superstición. Al subir al trono se entregó á la guerra, mostrando el ánimo belicoso de sus mayores, desplegando algunas virtudes que le hicieron amado de sus súbditos: desvanecido pronto al estar en lo muy alto, hizo á un lado su fingida humildad, y tanto y tanto soñó grande, que se figuró hombrear con los dioses. Cambió su gobierno en el más absurdo de los despotismos; convirtió la justicia en los antojos caprichosos y desordenados de su espíritu receloso; sus larguezas con artistas y soldados agotaron las rentas públicas, sacadas de excesivos tributos cobrados con odiosas exacciones. Brotaron por todas partes signos de descontento, reprimido con tan cruel severidad, que si produjo terror, no fué parte á ganar el amor de los vasallos.

Abandonó en seguida á sus generales los cuidados de la guerra, por lo cual se rebajó en el concepto de su pueblo. Se entregó á las prácticas religiosas con fervor ascético; el culto absorbió sus pensamientos; se encenagó en una superstición absurda, pueril, estúpida. No era rey, que era sacerdote, y sacerdote que al humillarse delante de las divinidades, se creía de la misma talla que ellos. Creyendo ciegamente en las profecías de Quetzalcoatl, como pontífice no era otra cosa que el servidor del dios; como monarca sólo era un teniente, gozaba de poder prestado, que debía devolver al dueño legítimo: bajo entrambas consideraciones, al llegar por Oriente los hombres blancos y barbados, estaba terminado su señorío, debía descender del trono: así estaba escrito.

Pero la convicción religiosa del ministro luchaba contra el orgu-

llo del déspota. En su ánimo indeciso no sabía, si resignar el mando ó defender el trono ganado por sus abuelos. Vacilaba, entre el deber que tenía que cumplir, y la vergüenza de bajar al polvo. Sin voluntad firme, pasaba de la angustia de flaca mujer que llora y gime, á la ciega confianza de un insensato. Era un menguado. Si se creía dios, debió combatir contra los dioses, encarar poder á poder, agotar los recursos de su divinidad, contrarestar á las estrellas y á los hados. Sí, como pensaba, era el señor y dueño de la tierra, del cielo y del infierno, aconsejado por el temple varonil del guerrero debió defenderse de los invasores con las armas en la mano, combatir con brío, si no para triunfar, para morir con gloria. No le pasó por las mientes, caso que el sino nó pudiera ser contrareestado, esperarle con faz serena, desplegar la confianza tranquila y estoica que los guerreros indios saben mostrar en los crueles tormentos que sus enemigos les aplican. Ante los embates de la fortuna se doblegó como frágil caña; ante la desgracia quedó fascinado como el pájaro ante la boca de una serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el dios, perdió la energía, bajose él mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano.

**FIN DEL TOMO TERCERO.**

**ÍNDICE.**

**LIBRO SEGUNDO.**

PÁGS.

CAPÍTULO I, Tiempos oscuros, pueblos sin historia—*Cosmogonía de los méxica, Mitos astronómicos, religiosos y sociales, Los quiname, Su destruccion, Ulmeca, tzapoteca y xicalama, Tamoanchan, Los cuexteca, Teotihuacan, Pirámides, Orden asignado á las razas en los tiempos prehistóricos.* ..... 5

CAPÍTULO II, Los tolteca.—*Cronología tolteca, Itinerario Discussion, Nombre, Vestidos, Culto de los astros, Religion, Sacrificios, Sacerdotes, Gobierno, Reyes, Agricultura, Artes, Medicina, Arquitectura, Astronomía, Escritura, Ultima faz de la civilizacion primitiva en Anáhuac, Chichimeca, Chicomoztoc, Señorío de Cuauhtitlan, Teoculhuacan, Culhuacan y los culhua, Ocuilteca, Chololteca, Chalca, Xochimilca, Huexotzinca, Tlathuica, Matlatzinca*..... 20